



UNIAPAC INTERNATIONAL

Una reflexión sobre el futuro del trabajo en la empresa ante la transformación tecnológica

Álvaro E. Pezoa **

OPINIÓN SERIES n°20

Julio 2020

(*) Las opiniones expresadas en la presente nota comprometen únicamente al autor del documento y no necesariamente a UNIAPAC Internacional

(**) Director del Centro Ética Empresarial, ESE Business School de la Universidad de los Andes (Chile). USEC - Unión Social de Empresarios, Ejecutivos y Emprendedores Cristianos (Chile). Research Fellow Michael W. Hofmann Center for Business Ethics, Bentley University

Una reflexión sobre el futuro del trabajo en la empresa ante la transformación tecnológica

Álvaro E. Pezoa¹

ESE Business School – Universidad de los Andes (Chile)

USEC – Unión Social de Empresarios Cristianos (Chile)

Introducción

La revolución tecnológica que estamos viviendo -casi con seguridad la más acelerada de la historia- está generando transformaciones que afectan no solo a nuestras vidas, sino también al futuro de la humanidad. No cambia únicamente la economía, la política, la sociedad y la vida diaria, sino incluso las que parecían constantes fundamentales de la especie humana: sus capacidades físicas y mentales, su longevidad, etc.² En este fenómeno confluyen la inteligencia artificial (IA), la big-data, la automatización, la robótica, 5G, la internet de las cosas, blockchain, la neurociencia, la ingeniería genética y más saberes científico-tecnológicos. Los adelantos e innovaciones se suceden veloz y coetáneamente. Se trata, en fin, de una marea compuesta por oleadas sucesivas o paralelas de saltos cualitativos y cuantitativos en el conocimiento y su aplicación práctica. Las implicancias de este verdadero “torbellino” de novedades y posibilidades son enormes para todos los ámbitos del quehacer humano. Las oportunidades que abre son tan amplias que por momentos resultan ser inimaginables, aunque por contraste los riesgos parecen no quedarse en saga. El mundo del trabajo es solo una de aquellas esferas afectadas aunque, sin lugar a dudas, de enorme trascendencia.

Teniendo como punto de referencia la visión sobre el trabajo humano expuesta por el Papa Francisco en *Laudato si'*³ (LS), en las páginas siguientes buscamos precisamente explorar cómo éste puede llegar a ser modificado por la transformación tecnológica sin par que nos encontramos experimentando, las alternativas de mejora que, a partir de esta última, pueden ser esperadas y los riesgos que, venidos con ella, han de ser evaluados para buscar enfrentarlos creativa y oportunamente. En su carta encíclica LS, principalmente en el capítulo 2, Francisco desarrolla el concepto del trabajo en torno a dos ideas fundamentales y llama la atención respecto a tres peligros que se ciernen sobre el mundo laboral. Por un lado, recuerda la dimensión subjetiva del trabajo, al comprenderlo como un camino de desarrollo personal y, en última instancia, de santidad. Por otro, lo ve como actividad

¹ Director del Centro Ética Empresarial, ESE Business School de la Universidad de los Andes (Chile). USEC - Unión Social de Empresarios, Ejecutivos y Emprendedores Cristianos (Chile). Research Fellow Michael W. Hofmann Center for Business Ethics, Bentley University.

² González, F.: “Prólogo” en VV.AA.: *La era de la perplejidad: repensar el mundo que conocíamos*. Madrid, BBVA, OpenMind, Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.

³ http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

productiva capaz de aportar al bien común, donde destaca la necesidad de que la vida empresarial se desarrolle como una noble vocación, creativa y productiva, al servicio de todos. Los tres peligros que ve en el mundo del trabajo se refieren a la pérdida de empleos como consecuencia de la automatización, a la pérdida de sentido del trabajo, y al de una economía volcada al consumo.

El Trabajo en la Doctrina Social de la Iglesia

En línea de continuidad con la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), Francisco remarca que “El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social” (LS 127). Y que, por esta razón, “conviene recordar siempre que el ser humano es «capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual». El trabajo debería ser el ámbito de este múltiple desarrollo personal, donde se ponen en juego muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, una actitud de adoración. Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que «se siga buscando como *prioridad el objetivo del acceso al trabajo* por parte de todos»” (LS 127).

Sobre el particular parece relevante hacer notar que, a lo largo de la encíclica, existen distintos sentidos para la palabra trabajo. Entre ellos, el más importante, en consonancia con lo enseñado por san Juan Pablo II, se refiere a una instancia de desarrollo personal, de transformación de la creación y camino de santidad. Este significado dice relación con el núcleo de la enseñanza de la DSI sobre el trabajo y encuentra su expresión más elaborada en la carta encíclica *Laborem excersens*⁴ (LE), de 1981, promulgada precisamente por el Papa polaco. Según éste, el trabajo posee una dimensión objetiva, asociada al producto realizado o servicio entregado, que hace referencia al objeto que es resultado de la acción de trabajar y se vincula a su naturaleza técnica. Señala expresamente: “Si las palabras bíblicas «someted la tierra», dichas al hombre desde el principio, son entendidas en el contexto de toda la época moderna, industrial y postindustrial, indudablemente encierran ya en sí *una relación con la técnica*, con el mundo de mecanismos y máquinas que es el fruto del trabajo del cerebro humano y la confirmación histórica del dominio del hombre sobre la naturaleza” (LE, 5). “Esta universalidad y a la vez esta multiplicidad del proceso de «someter la tierra» iluminan el trabajo del hombre, ya que el dominio del hombre sobre la tierra se realiza en el trabajo y mediante el trabajo. Emerge así el significado del *trabajo en sentido objetivo*, el cual halla su expresión en las varias épocas de la cultura y de la civilización. El hombre domina ya la tierra por el hecho de que domestica los animales, los cría y de ellos saca el alimento y vestido necesarios, y por el hecho de que puede extraer de la tierra y de los mares diversos recursos naturales. Pero mucho más «somete la tierra», cuando el hombre empieza a cultivarla y posteriormente elabora sus productos,

⁴ http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091981_laborem-exercens.html

adaptándolos a sus necesidades. La agricultura constituye así un campo primario de la actividad económica y un factor indispensable de la producción por medio del trabajo humano. La industria, a su vez, consistirá siempre en conjugar las riquezas de la tierra —los recursos vivos de la naturaleza, los productos de la agricultura, los recursos minerales o químicos— y el trabajo del hombre, tanto el trabajo físico como el intelectual. Lo cual puede aplicarse también en cierto sentido al campo de la llamada industria de los servicios y al de la investigación, pura o aplicada” (LE, 5). Francisco, por su parte, recoge el mismísimo ejemplo de Jesús y San José, además de algunos santos y beatos, especialmente los aportes de San Benito, que integró el trabajo manual a su espiritualidad: “San Benito de Nursia propuso que sus monjes vivieran en comunidad combinando la oración y la lectura con el trabajo manual (*ora et labora*). Esta introducción del trabajo manual impregnado de sentido espiritual fue revolucionaria. Se aprendió a buscar la maduración y la santificación en la compenetración entre el recogimiento y el trabajo. Esa manera de vivir el trabajo nos vuelve más cuidadosos y respetuosos del ambiente, impregna de sana sobriedad nuestra relación con el mundo”. El cristianismo ha desarrollado no sólo una visión positiva del trabajo —contraria a la teoría del castigo divino—, sino que, más profundo todavía, una espiritualidad del trabajo: “La espiritualidad cristiana, junto con la admiración contemplativa de las criaturas que encontramos en San Francisco de Asís, ha desarrollado también una rica y sana comprensión sobre el trabajo, como podemos encontrar, por ejemplo, en la vida del beato Carlos de Foucauld y sus discípulos”. En los puntos 127 y 128 de LS, establece que el hombre no sólo es capaz de seguir un camino de progreso personal a través del trabajo, sino que ha sido llamado a trabajar desde la misma creación.

Aunque pueda parecer que, “en el proceso industrial «trabaja» la máquina mientras el hombre solamente la vigila, haciendo posible y guiando de diversas maneras su funcionamiento, es verdad también que precisamente por ello el desarrollo industrial pone la base para plantear de manera nueva el problema del trabajo humano. Tanto la primera industrialización, que creó la llamada cuestión obrera, como los sucesivos cambios industriales y postindustriales, demuestran de manera elocuente que, también en la época del «trabajo» cada vez más mecanizado, *el sujeto propio del trabajo sigue siendo el hombre*” (LE, 5). Tanto es así, que “El desarrollo de la industria y de los diversos sectores relacionados con ella —hasta las más modernas tecnologías de la electrónica, especialmente en el terreno de la miniaturización, de la informática, de la telemática y otros— indica el papel de primerísima importancia que adquiere, en la interacción entre el sujeto y objeto del trabajo (en el sentido más amplio de esta palabra), precisamente esa aliada del trabajo, creada por el cerebro humano, que es la técnica. Entendida aquí no como capacidad o aptitud para el trabajo, sino como *un conjunto de instrumentos* de los que el hombre se vale en su trabajo, la técnica es indudablemente una aliada del hombre. Ella le facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica. Ella fomenta el aumento de la cantidad de productos del trabajo y perfecciona incluso la calidad de muchos de ellos” (LE, 5).

Junto con su dimensión objetiva, el trabajo posee otra, de carácter subjetiva: “El hombre debe someter la tierra, debe dominarla, porque como «imagen de Dios» es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir

acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo. *Como persona, el hombre es pues sujeto del trabajo*. Como persona él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo; éstas, independientemente de su contenido objetivo, han de servir todas ellas a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona, que tiene en virtud de su misma humanidad” (LE, 6). Esta dimensión subjetiva guarda estrecha conexión con la naturaleza ética del trabajo: “Así ese «dominio» del que habla el texto bíblico que estamos analizando, se refiere no sólo a la dimensión objetiva del trabajo, sino que nos introduce contemporáneamente en la comprensión de su dimensión subjetiva. El trabajo entendido como proceso mediante el cual el hombre y el género humano someten la tierra, corresponde a este concepto fundamental de la Biblia sólo cuando al mismo tiempo, en todo este proceso, el hombre se manifiesta y confirma *como el que «domina»*. Ese dominio se refiere en cierto sentido a la dimensión subjetiva más que a la objetiva: esta dimensión condiciona *la misma esencia ética del trabajo*” (LE, 6). No hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo. Esta verdad, que constituye en cierto sentido el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano, ha tenido y sigue teniendo un significado primordial en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado épocas enteras (cfr. LE, 6). La enseñanza cristiana sobre la dimensión subjetiva del trabajo fue recordada y elaborada especialmente por san Josemaría Escrivá. La espiritualidad del Opus Dei vino a difundir expresamente, en pleno siglo XX, que el trabajo no sólo era ocasión para el desarrollo de diversas cualidades humanas de quien lo realizaba, al tiempo que una vía fundamental para contribuir al bien común de la sociedad, sino que, santificándolo (ofreciéndolo a Dios), venía a ser -coetáneamente- camino de santificación personal y oportunidad para colaborar en la santificación de los demás (aquellos con quienes se puede interactuar en el trabajo)⁵.

Teniendo en consideración la distinción existente entre trabajo objetivo y subjetivo, LS enfatiza, en segundo lugar, una concepción del trabajo entendida como actividad productiva capaz de aportar al bien común. Relacionada con esta arista, se aprecia una comprensión del trabajo visto como empleo (puesto de trabajo), la que debe complementarse con la primera (dimensiones objetiva y subjetiva del trabajo). Francisco hace ver específicamente que, estando llamados al trabajo desde nuestra creación: “No debe buscarse que el progreso tecnológico reemplace cada vez más el trabajo humano, con lo cual la humanidad se dañaría a sí misma. El trabajo es una necesidad, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal. En este sentido, ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo. Pero la orientación de la economía ha propiciado un tipo de avance tecnológico para reducir costos de producción en razón de la disminución de los

⁵ Para una comprensión más acabada de la espiritualidad del trabajo en san Josemaría Escrivá, se recomienda leer: Illanes, J. L.: *La santificación del trabajo: el trabajo en la historia de la espiritualidad*. Palabra. Madrid, 2001; especialmente su capítulo III, pp. 81-183.

puestos de trabajo, que se reemplazan por máquinas. Es un modo más como la acción del ser humano puede volverse en contra de él mismo. La disminución de los puestos de trabajo «tiene también un impacto negativo en el plano económico por el progresivo desgaste del ‘capital social’, es decir, del conjunto de relaciones de confianza, fiabilidad, y respeto de las normas, que son indispensables en toda convivencia civil». En definitiva, «*los costes humanos son siempre también costes económicos* y las disfunciones económicas comportan igualmente costes humanos». Dejar de invertir en las personas para obtener un mayor rédito inmediato es muy mal negocio para la sociedad” (LS, 108). Dicho en palabras de san Juan Pablo II, es un hecho “que a veces, la técnica puede transformarse de aliada en adversaria del hombre, como cuando la mecanización del trabajo «suplanta» al hombre, quitándole toda satisfacción personal y el estímulo a la creatividad y responsabilidad; cuando quita el puesto de trabajo a muchos trabajadores antes ocupados, o cuando mediante la exaltación de la máquina reduce al hombre a ser su esclavo” (LE, 5).

Transformación Tecnológica y Empleo

Establecida a la luz del cristianismo esta riquísima concepción del trabajo, se entiende porque el primer peligro respecto al cual Francisco nos advierte es el flagelo del desempleo. Contrastando las ideas antemencionadas con la realidad, y volviendo la mirada a la actualidad mundial, se aprecia que la automatización y la robótica, asociada a la IA y la big-data, permiten avizorar el rápido reemplazo por “máquinas” de decenas de millones de personas en el mundo. En principio, todos los trabajos rutinarios y estandarizables se encontrarían “amenazados de muerte”. Sofisticados aparatos tecnológicos podrán hacerlos más rápida y eficientemente, y a menor costo, evitando de paso las innumerables complejidades que evidentemente significa trabajar con seres humanos. Las razones para pensar que se producirán grandes bolsones de desempleo en determinadas regiones del orbe y rubros de la actividad económica global son, por lo tanto, numerosas. No obstante, hay quienes, contrariamente, sostienen que la creación de nuevas tareas compensará y hasta superará la disminución de otras tantas hoy existentes. Sobre el particular no hay acuerdo. Como en otras cuestiones inciertas los análisis expertos cubren una amplia gama de predicciones, que van desde las francamente pesimistas hasta las entusiastamente optimistas. Sobre este punto, tan relevante como determinar cuál va a ser el escenario realista en el resultado de la suma y resta de cupos laborales, es contar con una aproximación plausible de cuál puede ser el periodo que demore el ajuste hasta llegar a una situación de cierto equilibrio o, por lo menos, no peor que la inicial. Es muy distinto, por ejemplo, estimar que su duración considere pocos años que varias décadas. El impacto individual, familiar, social y mundial llegará a ser radicalmente distinto según la forma en que se despliegan estas dos variables: cantidad y tiempo de los cambios en el empleo. Además, cabe destacar que los números agregados a que se llegue, será preciso enriquecerlos con valoraciones geográficas (por regiones y países), de una parte, y por áreas de actividad económica por otra. Aquí es altamente posible que las distintas realidades arrojen la presencia de desigualdades significativas. Las preocupaciones de fondo, en cualquier caso, son: ¿qué será de las personas que, por este motivo, pierdan sus fuentes laborales?, ¿y de sus familias?; y ¿cómo impactará ese fenómeno en la sociedad?

La situación descrita pondrá a los países ante la necesidad de adoptar medidas para acompañar el proceso de mutaciones en el empleo. La capacitación masiva y focalizada para que los ciudadanos se hallen en condiciones de desempeñar nuevos tipos de tareas y las políticas públicas solidarias para apoyar a quienes queden desempleados por largos periodos de tiempo, parecen encontrarse entre en el elenco predecible de próximos retos para los Estados y sus gobiernos. Al sector empresarial le cabrá primeramente la difícil prueba de adaptarse a los nuevos escenarios económico-comerciales a que dará origen la transformación tecnológica. Con alta probabilidad habrá negocios que desaparecerán y modelos de otros que experimentarán giros radicales, junto al nacimiento de otros tantos nuevos que, tal vez, hoy ni siquiera son posibles de imaginar. Dentro de este contexto, a las empresas les corresponderá asumir la responsabilidad de invertir en la preparación de sus equipos humanos para ejercer tareas nuevas o distintas, al tiempo que desarrollar planes que permitan “amortiguar” el impacto para aquellos colaboradores que, sin desmedro de los esfuerzos que las corporaciones puedan desplegar, no tendrán finalmente más remedio que despedir para continuar siendo competitivas. No aparece de antemano como éticamente plausible pensar en que las organizaciones de negocios puedan desentenderse sin más de sus miembros al momento de tener que realizar ajustes a sus plantillas, aunque fuere posible económica y legalmente. En las circunstancias sociales y de mercado que se prevén corresponderá actuar con redoblada responsabilidad social. Por lo demás, será esta última la que les conferirá -o acrecentará- su legitimidad social. El bien de las personas, las empresas y del orden social estarán aquí directamente en juego.

Siguiendo -y acogiendo- la lógica de la carta papal *LS* correspondería esperar del mundo empresarial un particular esfuerzo por cuidar los puestos de trabajo que puede ofrecer. En una situación de desaparición de fuentes de empleo tal solicitud conduce necesariamente a subrayar la importancia de utilizar el ingenio y el empuje empresariales en orden a generar nuevos espacios reales para trabajar productivamente. Con todo, cabe pensar en alternativas complementarias especialmente si, como se estima, el uso de la tecnología emergente trae consigo fuertes incrementos en la productividad laboral. Si ello ocurre, será factible pensar en la reducción de las jornadas de trabajo manteniendo los ingresos de los trabajadores. En este caso, el reto empresarial será doble. Consistirá primeramente en que el contenido de la actividad laboral continúe siendo humanamente enriquecedora, al tiempo que en colaborar con la sociedad civil y el Estado en impulsar o potenciar múltiples actividades de desarrollo personal en las cuales los individuos puedan participar (voluntariado, deportes, cultura, cuidado de terceros, etc.) haciendo uso beneficioso del mayor tiempo libre que dispondrán.

Aunque en estas páginas se intenta predecir los retos que habrán de enfrentar los empresarios y altos directivos respecto al impacto en el mundo del trabajo que comportará la revolución tecnológica en desarrollo, resulta imprescindible apuntar aquí que los trabajadores y las organizaciones sindicales estarán también llamadas a cumplir un papel crucial, en orden a cooperar activamente con los primeros, para generar en las empresas las condiciones necesarias para hacer posible los ajustes que se requerirán para mantener

e incrementar los puestos de trabajo. El espíritu colaborativo se hará cada vez más necesario en un mercado laboral plagado de cambios e incertidumbres. La disposición al mutuo entendimiento entre el “capital” y el “trabajo” -siguiendo una denominación hasta ahora frecuente, que posiblemente sea superada en el futuro-, se presenta como un imperativo inevitable de cara a enfrentar la situación actual y próxima del mercado laboral.

Dando un paso más en su encíclica, Francisco entra de lleno en terreno práctico. Se aventura a proponer líneas de acción concretas, tales como que “Para que siga siendo posible dar empleo, es imperioso promover una economía que favorezca la diversidad productiva y la creatividad empresarial” (LS, 129). Preocupado de que todos sigan contando con la posibilidad de acceder a un empleo digno hace ver que “Por ejemplo, hay una gran variedad de sistemas alimentarios campesinos y de pequeña escala que sigue alimentando a la mayor parte de la población mundial, utilizando una baja proporción del territorio y del agua, y produciendo menos residuos, sea en pequeñas parcelas agrícolas, huertas, caza y recolección silvestre o pesca artesanal” (LS, 129). Sin embargo, observa las dificultades objetivas presentes en los mercados mundiales para dejar espacio a estas actividades y las asocia a la existencia de economías de escalas y a la gran empresa que las aprovecha: “Las economías de escala, especialmente en el sector agrícola, terminan forzando a los pequeños agricultores a vender sus tierras o a abandonar sus cultivos tradicionales. Los intentos de algunos de ellos por avanzar en otras formas de producción más diversificadas terminan siendo inútiles por la dificultad de conectarse con los mercados regionales y globales o porque la infraestructura de venta y de transporte está al servicio de las grandes empresas” (LS, 129). No solo eso, indica también que “Las autoridades tienen el derecho y la responsabilidad de tomar medidas de claro y firme apoyo a los pequeños productores y a la variedad productiva” (LS, 129). ¿Cómo hacer posible que la actividad de numerosos pequeños empresarios no se vea amagada y, con ello, se destruyan puestos de trabajo? Esta es la incisiva pregunta implícita que deja planteada el Santo Padre. Ella no puede dejar indiferente a nadie, tampoco su propuesta al respecto: “Para que haya una libertad económica de la que todos efectivamente se beneficien, a veces puede ser necesario poner límites a quienes tienen mayores recursos y poder financiero. Una libertad económica sólo declamada, pero donde las condiciones *reales* impiden que muchos puedan acceder realmente a ella, y donde se deteriora el acceso al trabajo, se convierte en un discurso contradictorio que deshonra a la política. La actividad empresarial, que es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos, puede ser una manera muy fecunda de promover la región donde instala sus emprendimientos, sobre todo si entiende que la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común” (LS, 129).

Continuando la ilación de esta cuerda argumental, realmente no es fácil predecir con seguridad qué signo tendrá la denominada “Cuarta Revolución Industrial”, con su insoslayable sello de automatización y digitalización, respecto a la concentración o desconcentración de la actividad económica. Por supuesto, no es descartable pensar que su acento en la innovación tecnológica y en el requerimiento de importante capital financiero e intelectual, tenderá a profundizar el proceso que lleva a concentrar el poder

económico en los países desarrollados y en las grandes corporaciones empresariales. No obstante, también resulta plausible considerar que la iniciativa humana permitirá utilizar esa misma tecnología para generar múltiples aplicaciones de ella dando origen a un sinnúmero de servicios que podrán prestar empresarios medianos y pequeños. El devenir socioeconómico, como siempre, parece quedar abierto a la intervención de la libertad humana en la historia. Sin desdeñar visiones negativas y hasta catastrofistas que guardan algún asidero en la realidad, las que indicarían que el ingente desarrollo tecnológico que está experimentando la humanidad conduciría inevitablemente a dejar el mundo en manos de unos pocos poderosos poseedores privilegiados de dicha tecnología y de su uso en dimensiones globales, es posible asimismo imaginar un paisaje diferente donde esos grandes avances cada vez más al alcance (disponibilidad y precio) de los ciudadanos facilitarían la realización de variados trabajos de menor escala en ámbitos comunitarios como efecto de la necesidad y la inventiva. En cualquier caso, serán los gobiernos quienes en primer lugar deberán ocuparse en generar marcos jurídico-económicos que eviten una concentración excesiva y perniciosa de la actividad económica, al tiempo de evitar un daño mayor a la gran empresa como consecuencia de tales medidas. Asentada básicamente en la dinámica económica de libre mercado prevalente en la actualidad parece virtualmente imposible esperar que sean los propios agentes económicos dominantes quienes decidan dejar espacio o, más todavía, fomentar la actividad de actores menores. Para que algo de esta índole suceda, probablemente tendría que darse una modificación substantiva en la forma en que se entiende el funcionamiento del orden económico mundial o un cambio radical en las motivaciones que animan las decisiones y acciones de la mayoría de los empresarios y altos directivos. Es altamente posible que se requiera de ambas mutaciones conjuntamente.

Con todo, es preciso dejar sentado que lo esencial a ser resguardado debe ser que la tecnología esté al servicio de la persona, de manera que la empresa, con su uso, ayude a dar empleo y colabore a entregar soluciones a los problemas reales de los ciudadanos.

Transformación Tecnológica y Sentido Humano del Trabajo

El segundo aspecto concreto en que Francisco ve un peligro es en la posible pérdida del sentido humano profundo del trabajo. Asumiendo que en toda acción laboral se produce una transformación personal interior, ve un claro riesgo de que los individuos estén caminando hacia un vaciamiento del valor intrínseco del acto de trabajar. Este fenómeno ya ha captado anteriormente la atención de pensadores y papas, dando origen al concepto que en sociología se conoce como alienación, tal como la comprendieron Max Weber y san Juan Pablo II: “Cuando en el ser humano se daña la capacidad de contemplar y de respetar, se crean las condiciones para que el sentido del trabajo se desfigure [101]”. Aquí el acento no está puesto tanto en la existencia de empleos dignos disponibles, como a la forma en que el hombre asume el valor del trabajo que realiza. ¿Se tratará de una actividad que posibilitará la plenitud humana integral y que será fuente de sentido vital profundo y camino de santidad o, en cambio, ella se transformará en una tarea centrada, en el mejor de los casos, únicamente en la búsqueda por conseguir unos bienes materiales

imprescindibles y, en el peor, en una que directamente descentrará a la persona de su crecimiento interior y la alejará de su encuentro con Dios? La interrogante no es baladí al momento de evaluar qué puede significar para el hombre la revolución tecnológica en marcha. El tenor dominante que adquiera su respuesta será crucial para los destinos del hombre y de la sociedad por venir.

La pregunta tácita en las preocupaciones papales lleva a un hondo cuestionamiento, esto es, si los avances tecnológicos previsibles tenderán a aumentar o menguar la primacía que ha de tener la dimensión subjetiva del trabajo sobre la objetiva. Es decir, ¿aquellos ayudarán a que el proceso de desarrollo interior del hombre, como fruto de la acción de trabajar, guarde mayor importancia que su resultado externo o colaborará más bien a que este último prevalezca, desvalorizando la transformación interior esperada de un trabajo humanamente enriquecedor? Un primer intento de aproximación a esta cuestión parece ofrecer un panorama algo sombrío. En un mundo “dominado” por máquinas inteligentes, con enorme capacidad para aprender y procesar, es dable pensar que muchas personas podrían quedar desplazadas y subyugadas a aquellas, desempeñando trabajos desprovistos de riqueza y centrados en ser meros servidores o esclavos de los artefactos cibernéticos. Es una posibilidad no descartable del todo, menos mirada la situación desde una óptica de (buena) ciencia ficción. Sin embargo, al menos en vista a un horizonte de futuro próximo, resulta más bien previsible proyectar que los hombres y mujeres quedarán liberados paulatinamente de las labores más rutinarias y de menor “valor agregado”, para poder focalizarse en la realización de tareas más complejas que requerirán de un mayor aporte de conocimiento y uso de la inteligencia, de capacidad de decisión en contextos de excepción, y de la aplicación de las así llamadas “cualidades blandas” (educativas, artísticas y culturales, de cuidado y acogida, espíritu de servicio, liderazgo, etc.). De ser así, lejos de empeorar, las posibilidades de crecimiento humano a través del trabajo mejorarían. El despliegue de actividades más complejas, que exigen niveles de desarrollo humano mayor, constituye potencialmente una oportunidad de plenitud en principio también superior para las personas, al menos apreciado en un plano puramente terrenal. Cosa bastante más incierta resulta intentar anticipar si los avances tecnológicos abren puertas para un crecimiento espiritual-religioso de los hombres, o un efecto de signo contrario. Entran aquí en juego la consideración de elementos que superan en mucho a las posibilidades y pretensiones de este ensayo, aunque algo se dirá sobre el particular más adelante, al referirnos al tercer peligro que, a juicio de Francisco, se cierne sobre el trabajo.

Será en el contexto descrito donde las empresas tendrán que hacer su aporte ofreciendo el máximo posible de oportunidades laborales -manteniendo las previamente existentes y generando nuevas- preñadas de alternativas de perfeccionamiento humano. Dejadas las tareas más rutinarias y fáciles de operacionalizar encargadas a los artificios tecnológicos, las corporaciones de negocios tendrán la posibilidad -y la necesidad- de ocupar a las personas en actividades donde puedan contribuir más decisivamente a sus objetivos, encargándoles aquellas funciones donde superarán las capacidades de las máquinas de última generación. Para ello, será imprescindible invertir en la formación requerida para desempeñar efectiva y eficientemente las mismas. De hecho, es previsible que las empresas se vean impelidas

en los años venideros a profundizar sus esfuerzos de capacitación para hacer frente adecuadamente a los nuevos desafíos. El resultado más probable que traerá aparejado el proceso de cambio tecnológico será el que las empresas podrán posibilitar la disponibilidad de tareas más complejas, que exigirán un desarrollo más integral de quienes las desempeñen, especialmente en cuanto a requerimientos de conocimientos y habilidades intelectivas; aunque no necesariamente, de rasgos de orden espiritual-religioso.

Si bien es cierto que los empresarios se tendrán que preocupar especialmente de la capacitación, dando a sus colaboradores las oportunidades y los tiempos que sean precisos para estos efectos, es también verdad que los trabajadores habrán de estar atentos y proactivos para solicitarla y aprovecharla seriamente, sabiendo que en ella descansarán sus empleabilidades futuras. En este sentido, un gran desafío social por delante será que todos tendremos que adaptarnos a un mundo más cambiante en que, con alta probabilidad, las empresas y los trabajos se crearán y destruirán a una velocidad vertiginosa. Por lo mismo, casi con seguridad, la búsqueda de la flexibilidad y la adaptabilidad laborales llegarán a ser una tarea ineludible para las sociedades del futuro. Gobiernos, asociaciones gremiales, empresas, sindicatos y trabajadores tendrán una tarea mancomunada que realizar en este ámbito para poder hacer frente con razonable éxito a las vicisitudes laborales en tiempos de la Cuarta Revolución Industrial.

Transformación Tecnológica y Economía Volcada al Consumo

La tercera llamada de atención realizada en LS respecto al trabajo dice relación con el mal que Francisco ve asociado a una economía volcada al consumo. Probablemente esta sea la dimensión en que el despliegue de la transformación tecnológica menos expectativas de contención (al consumo) o mejora virtuosa pueda generar. Más bien es esperable que ocurra lo opuesto. En principio, ella debería aumentar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias capacidades, lejos de hacerle más patentes sus fragilidades y, por esta vía, acercarlo a Dios. Desde un punto de vista material, debería facilitar a las personas el acceso a mayor número de bienes, a un valor económico posiblemente menor que el actual las más de las veces, de manera que cabría esperar que la posibilidad de adquirir bienes económicos se haga más cercana para millones de individuos. Además, como es altamente probable que aumente la disposición de tiempo libre para un amplio porcentaje de la población, es también razonable aventurar que, *ceteris paribus* las demás variables que puedan influir, la propensión al consumo se verá asimismo impulsada por este motivo. El “consumismo” como se ha dado en denominar la tendencia desordenada al consumo de bienes materiales y de entretención, parece ser gatillada por un vaciamiento espiritual, por una falta de visión trascendente de la vida, por un olvido de Dios. El acceso cada vez más extendido y al alcance de aquellos no solo hará más fácil un proceso de consumo desquiciado sino que, se puede presumir, que colaborará a ahondar la seguridad del hombre en sí mismo, apartándolo por esta vía de la experiencia de lo trascendente. Así vistas las cosas, las empresas, en cuanto organizaciones o instituciones, aparentemente tendrán poco que decir en la tarea de espiritualizar la vida de sus colaboradores, si se mira la realidad estrictamente bajo el prisma de sus operaciones técnico-económicas. Como siempre, la diferencia en esta materia

podrán hacerla los líderes empresariales (empresarios y alta dirección) que tengan motivaciones espirituales-religiosas propias y profundas. Sin embargo, no hay nada que señale que la Cuarta Revolución Industrial vaya a influir de alguna manera positiva en esta dimensión. Las elucubraciones al respecto (algunas se han efectuado más arriba) llevan a pensar que, en sí misma, ella será neutral o negativa al respecto.

Vocación del Líder Empresarial y Nueva Evangelización

Por cierto, esta suposición conduce implícitamente a evidenciar la obligación moral de que “la nueva evangelización” alcance a estos directivos que hoy, como nunca antes en la historia, tienen un impacto extraordinariamente significativo en el entero orden social global, habida cuenta de la crucial importancia que las organizaciones de negocios han llegado a obtener, situándose en lugares centrales de poder e influencia mundial. Como se puede apreciar, de que así sea, se podrán seguir -o no- consecuencias de enorme repercusión para el mundo del trabajo y la sociedad mundial. Esta labor misional entre hombres y mujeres de empresa reviste la mayor importancia y, en el tiempo presente, bien podría realizarse tomando la hebra de la necesidad imperiosa de cuidar las fuentes de empleo y el contenido o naturaleza del trabajo. Generar conciencia en ellos sobre esta realidad acudiendo a fundamentos teológico-doctrinarios, antropológicos y sociológicos -y no solo ni primeramente económicos- aparece como un enorme, pero imprescindible, desafío. En caso contrario, bajo la pura lógica económica predominante, centrada en la maximización de los beneficios personales o corporativos en detrimento de todo lo demás, resulta virtualmente imposible pensar que los análisis que se realicen en las corporaciones de negocios se nutrirán de las vertientes adecuadas para visualizar los acontecimientos en su integralidad y, por esta razón, que dichos estudios ayudarán a evitar caer en reduccionismos fatales que induzcan, por miopía o ceguera, a la adopción de decisiones erróneas, de gravosas repercusiones para millones de personas y numerosas naciones.

Las personas que ejercen liderazgo empresarial “están llamadas a participar en el mundo económico y financiero contemporáneo, a la luz de los principios de la *dignidad humana* y del *bien común*”⁶. Francisco, como ha sido anotado, considera a la empresa como una noble vocación y “llama al empresariado a descubrir el intrínseco valor de todas las criaturas de Dios; ...a mirar a cada persona como un ‘sujeto que no puede ser nunca reducido al estatus de un objeto’ y a crear puestos de trabajo ‘como una parte esencial de su servicio al bien común’. Al hacerlo, las personas líderes empresariales pueden continuar la creación de Dios y servirla fielmente”⁷. Siempre se debe respetar la jerarquía objetiva de los valores, sin convertir los medios en fines. Y la economía es un medio para el bien de las personas. Se deben buscar las ganancias, pero con afán último de servir a los demás y al bien común,

⁶ Turkson, Cardenal Peter K.A.: “Prólogo a la edición en español de 2018” en *La Vocación del líder empresarial: una reflexión*. Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (ed.); John A. Ryan Institute for Catholic Social Thought of The Center for Catholic Studies., Universidad St. Thomas. Ciudad del Vaticano / Minnesota, USA, noviembre 2018, p.3.

⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 4, donde se cita a LS, 81 y 129.

abiertos a un mundo y a un tiempo que están llenos de necesidades⁸. Los efectos esperados de la “Cuarta Revolución Industrial” y la “Transformación Digital” constituyen, tal vez, el más ingente y relevante de esos requerimientos por ser enfrentados en la hora actual. ¡Una tarea por hacer!

⁸ Cfr. Echevarría, J.: *Dirigir empresas con sentido cristiano*. EUNSA. Barañain, 2015, p. 50.